

de la cárcel sino para ir al cadalso. Toda la obra levantada por aquellos dos patriotas se derrumbó. Las tentativas de negociación fueron abandonadas; los agentes de la República, echados de todas partes, ó gravemente insultados, y algunos, como Maret y Semonville, detenidos y encarcelados. Francia no estuvo representada fuera más que por unos cuantos agentes secretos, cuyo cometido no era tratar con los príncipes, sino sublevar contra ellos á los pueblos; no resolver los conflictos existentes, sino provocar nuevas revoluciones. «Nuestras relaciones con las potencias extranjeras, escribía Desforgues, son las de una plaza sitiada.» La predicción de Dantón iba á cumplirse: «Si se vence, muere la República; si es vencido, muere el país.» Tal fué el callejón sin salida á donde condujo el Terror; y ¿habrá todavía quien le atribuya parte en las victorias de Jourdan y de Hoche?



CAPÍTULO QUINTO

Fin de la guerra civil.—El Terror fuera de París.

A misma semana en que Hoche expulsaba de Alsacia á los alemanes, la plaza de Tolón era recobrada y destruido el gran ejército vendeano. Y este hecho de la pacificación interior, si menos brillante, no cede, antes supera en importancia á los triunfos alcanzados en las fronteras; porque las guerras exteriores, por regla general, si quebrantan, no matan, y á veces favorecen á los pueblos reanimando el sentimiento nacional, al paso que las guerras civiles, dividiendo el cuerpo social en dos mitades y oponiendo mitad á mitad, conducen necesariamente, cuando persisten, á la disolución y á la muerte, del mismo modo que las enfermedades en el organismo individual. Si no, ahí está la experiencia. En medio de guerras civiles sucumbió el gigantesco imperio romano; la guerra civil fué la causa de la muerte de Polonia; la guerra civil, la que ha conducido á España á su actual postración y desventura. Y esto es claro. Si la actividad que cada ciudadano debe emplear en amar á sus conciudadanos, y cooperar al bien de todos, la emplea en odiarlos, en contrariar sus deseos y en matarlos si puede, y esto un día y otro día, indefectiblemente la nación sucumbirá. Por esto la paz interior es para los pueblos condición de vida más importante que la paz exterior, y por tanto, lo fué para la República francesa la conclusión de la guerra civil, más aún que los grandes éxitos militares obtenidos en el Norte y el Este. Veamos á grandes rasgos cómo se camina á ese feliz desenlace, empezando por la Vendée.

Después de un fracaso en Nantes, los jefes vendeanos nada volvieron á intentar al objeto de apoderarse de un puerto en Bretaña, condición que les imponían los ingleses para

prestarles ayuda. En los meses de Julio y Agosto, sus asuntos ofrecen un aspecto confuso y sombrío. A fines de Julio, el representante Philippeaux, con su elocuencia tribunicia, con su patriotismo conciliador y simpático y con su ardiente brío levantó los ánimos de las poblaciones republicanas de Anjou, Maine y Loira inferior, quebrantadas y divididas por la desatentada conducta de los jefes del ejército de Saumur y las querellas entre girondinos y montañeses. El bravo general Canclaux, el defensor de Nantes, se hallaba acampado en la orilla sur del Loira, y tenía en jaque á Charette y las bandas del Maraix, en tanto que el general Tuncq, con un puñado de soldados, ponía en fuga dos veces, delante de Luzón, al gran ejército vendeano, el cual, á las órdenes de su nuevo caudillo, Elbea, intentaba apoderarse de aquella ciudad. Estas ventajas parciales, obtenidas del treinta de Julio al catorce de Agosto, no tuvieron consecuencias por culpa de los hebertistas, y véase cómo se reflejaban en la guerra, ya entorpeciéndola, ya imposibilitándola, las divisiones de los convencionales. El general del ejército de Nantes, Canclaux, y los representantes comisionados en este ejército, bien intencionados y muy inteligentes, carecían de medios para obrar, porque el ministerio de la Guerra, dominado por los hebertistas, reservaba todas sus preferencias y todos sus socorros para el ejército de Saumur, que no los utilizaba, por hallarse en manos de un general incapaz y de representantes violentos y trapisondistas. Era el tal general Rosiñol, oficial de orfebrería en sus mocedades, bravo, turbulento, calavera, cabecilla en todos los movimientos populares y perorador incansable, en todos los clubs de París, lo que le valió el nombramiento de comandante de gendarmaría y el ser enviado luego á la Vendée, donde alentó, más por aturdimiento que por maldad, los desórdenes que estaba encargado de reprimir, en términos de haber sido detenido, de orden de un jefe militar, por haber predicado la insubordinación y tolerado el saqueo. Gracias que contaba con buenas aldabas. Sus amigos, los hebertistas, le sacaron del atolladero y, como en premio, hicieronle nombrar sucesivamente general de brigada, general de división y comandante en jefe del ejército de Saumur. Como se ve, poco valía Rosiñol; y sin embargo, no era esto lo peor, con ser de suyo tan malo, sino que el tal Rosiñol era simplemente un maniquí de un tipo mucho más perverso, que lo disponía todo, de Ronsin, literato de baja estofa, nombrado capitán el primero de Julio, general el cuatro y que desempeñaba en el ejército las funciones de jefe de Estado Mayor. Tan rico en audacia como pobre en talento militar, depravado en costumbres y en ambición insaciable, quería Ronsin para sí el honor y el provecho de acabar con la guerra de la Vendée por el exterminio y el incendio, y al efecto, indujo á Rosiñol no sólo á aplicar con todo rigor, sino á exagerar monstruosamente el terrible decreto de primero de Agosto, quemando las ciudades que hubiesen recibido á los «bandidos»; es decir, á las ciudades patriotas que no se habiau encontrado con fuerzas para rechazar al enemigo, como Chollet y Parthenay, en las que habian entrado des veces los vendeanos.

Indignados los representantes comisionados en Niort, Goupilleau y Bourdon de l'Oise, de los excesos á que se entregaba Rosiñol y de las crueldades que amenazaba cometer, le suspenden del mando; pero otros representantes le sostienen, y el litigio se eleva á la decisión del Comité de Salvación Pública y de la Convención, donde los hebertistas tomaron resueltamente la defensa del general suspenso. ¡Qué vergüenza! La Convención premió á Rosiñol reintegrándole en el mando, y castigó á los representantes que le suspendieran llamándolos de la Vendée: Robespierre sufría aun la triste y humillante alianza de Hebert. Y menos mal, que el triunfo de los hebertistas se limitó á las personas. El Comité penetrado de la necesidad de reprimir los desmanes de Ronsin y Rosiñol, ordenó al ministro de la Guerra, Bouchotte, que tranquilizase á los habitantes de Collet y Parthenay, y en general á todos los patriotas vendeanos, asegurándoles el respeto de sus propiedades y la represión de los foragidos y ladrones.

En la guerra de la Vendée se refleja con sombríos colores la anarquía que reinaba en la Convención. A mediados de Agosto, llega al Loira la valiente guarnición de Maguncia, la cual, imposibilitada en un año de hacer armas contra la coalición, venía á combatir á los vendeanos; tenía que incorporarse al ejército de Nantes ó al de Saumur, y como al que se incorporase le daba la supremacía, Canclaux y Ronsin se la disputaron presentando al Comité de Salvación Pública planes de ataque opuestos. Proponía Canclaux, vivamente apoyado por el representante Philippeaux, que el ejército de Nantes bajase por la orilla izquierda del Loira, limpiase la Vendée inferior, penetrase luego, llevando por delante las bandas insurrectas, en el corazón del Bocage, á donde concurrían por un movimiento concéntrico todos los cuerpos del ejército de Saumur, llevando por delante á los vendeanos del Este, los cuales, juntos con los del Oeste, se hallarian cercados en Machecoul y serian fácilmente destruidos. Ronsin proponía lo contrario, que todos los contingentes de uno y otro ejército se concentrasen en Saumur, para atacar juntos por el Este y avanzar en masa. El Comité de Salvación Pública se decidió por el plan de Canclaux; mas luego, como arrepentido, encomendó la resolución á un Consejo de guerra, compuesto de los generales de división de Nantes y de Saumur y de los representantes comisionados de uno y otro ejército. El Consejo confirmó el fallo del Comité, optando por el plan de Canclaux. Motivo de desavenencia era también el trato que se aplicaría á las poblaciones. Rosiñol habia asegurado que «el decreto de primero de Agosto tendría en los del partido de Saumur ejecutores inflexibles y ciegos» Para desvanecer el pánico que esta imprudente amenaza difundiera, los representantes en el ejército de Nantes prohibieron el saqueo bajo pena de muerte; el directorio del departamento de Maine y Loire creó, para que acompañase al ejército una comisión encargada de velar por la conservación de las propiedades en el teatro de la guerra y de proteger á las mujeres, niños y viejos de los pueblos insurrectos; en fin, los mismos representantes en el ejército de Saumur

vedaron en absoluto incendiar ciudad, aldea ó casa aislada, á pretexto de que los «bandidos» se habían alojado en ellas, y aun en el caso de que las circunstancias obligasen á entregar á las llamas algún pueblo rebelde, dispusieron que no se le podría pegar fuego sin orden escrita de los generales.

Ira y espanto causó en los vendeanos la llegada de los maguntinos. Bien lo revelan las medidas que adoptaron. Su general d'Elbée lanzó una proclama amenazando tratar al que no tomase las armas como «cómplice de la Convención nacional.» El Consejo de guerra acordó que de los prisioneros maguntinos á ninguno se perdonaría la vida, porque violaban la capitulación de Maguncia tomando parte en la guerra, con lo que identificaban completamente su causa con la de la coalición, y el cinco de Septiembre, antes de efectuarse la unión del ejército de Maguncia al de la Vendée, llevaron á cabo un doble ataque, embistiendo Charette contra el campamento de Canclaux y d'Elbée contra la división de Luzon, y si el primero fué vigorosamente rechazado, no así el segundo, que forzó el campamento, exterminó el famoso batallón «El vengador» é hizo numerosos prisioneros, entre ellos Monet á todos los cuales sacrificó bárbaramente.

Mas esto no detuvo el movimiento general. Los diez mil intrépidos defensores de Maguncia, dirigidos por Auber-Dubayet, Kleber y los dos representantes Merlin de Thionville y Rewbell, juntáronse por fin á los nanteses; Merlin redactó una proclama anunciando á los «bandidos» amnistía y fraternidad si volvían á su deber, y sino, guerra á sangre y fuego, y el nueve de Septiembre, Canclaux se puso en marcha con quince mil hombres, dejando una reserva en el campamento de Nandieres. Las divisiones de Olonne y Fontenay, así como la de Luzon, que se repuso en seguida del desastre, avanzaban para incorporarse á Canclaux, y en el camino debían hallarse también los diversos cuerpos del ejército de Saumur hacia el punto de cita general, Mortagne, en el corazón de la Vendée. En los departamentos circundantes, desde Angers y Turs hasta Niort y la Rochelle, en todas las poblaciones se tocó las campanas á rebato llamando á las armas, para engrosar el ejército de Saumur, aunque con escaso resultado; porque, disgustado el país por los desórdenes de aquellas tropas y la incapacidad de los generales, no sintió el entusiasmo de tres meses antes, cuando se trató de rechazar á los insurrectos después de la toma de Fontenay, y la leva en masa sólo dió unos cincuenta mil hombres, mal armados y sin alientos, que clavaban el pie en el suelo no bien divisaban al enemigo, y apenas prestaban servicio alguno. Los ataques de los vendeanos á Doué y Thouars, el dos de Septiembre, fueron rechazados por las tropas, no por los conscriptos.

Esto no obstante, Canclaux avanzaba con los maguntinos al través del Marais, llevando por delante á las bandas de Charette; en Lege devolvió la libertad á mil doscientos desgraciados patriotas, entre hombres, mujeres y niños, que los insurrectos tenían amontonados en las cárceles, y el diez y seis se apoderó de Montaigu, distante no más que seis

ó siete leguas de Mortagne, lugar de la cita. Habiendo recibido de Rosiñol aviso de que el ejército de Saumur no podía incorporársele á tiempo, resolvió esperarle para atacar á Mortagne, acampando sobre el Sevre nantese, en donde habían de unírsele las tres columnas de Fontenay, Luzon y Olonne, que estaban para llegar de un momento á otro. Pero el mismo diez y seis de Septiembre se había expedido á estas columnas, de parte de Rosiñol, orden de batirse en retirada, lo que aquéllas efectuaron, excepto la de Olonne, mandada por el polaco Mieczkowski, que no retrocedió, pero que se detuvo donde estaba, en San Fulgencio. Esta orden, que dejaba descubierto el flanco derecho de Canclaux, procedía de Rosin, no de Rosiñol, que se hallaba enfermo en Saumur y que la revocó no bien tuvo noticia de ella, aunque tarde ya para prevenir sus funestas consecuencias. Los dos mil maguntinos acaudillados por Kleber, que formaban la vanguardia, tomaron heroicamente, el diez y nueve de Septiembre, la fortaleza de Torfou, altura rodeada de fosos, vallados y bosques; pero en seguida fueron cercados por una masa de dos ejércitos vendeanos reunidos, en los que se vió á las mujeres furiosas, frenéticas, empujar de todas partes al combate á los insurrectos que habían huido. La vanguardia maguntina se salvó con gran trabajo, gracias á los esfuerzos de su general y á la abnegación del comandante de cazadores de Saona y Loira, Chevardin, á quien dijo Kleber: «Quieto aquí. Déjate matar, pero salva á tus compañeros». — «¡Bien, mi general!» contestó Chevardin... Y en efecto, detuvo al enemigo en el desfiladero de Torfou, y murió. Canclaux y Dubayet acudieron con el grueso de los maguntinos y rechazaron las partidas vendeanas; pero al día siguiente se arrojan éstas sobre Montaigne, sorprenden y derrotan el cuerpo de ejército de Nantes, que operaba con los maguntinos á las órdenes del general Beysser, sin que Canclaux pudiese socorrerle á tiempo, y todavía, desde Montaigu, recaen sobre San Fulgencio y destruyen el cuerpo de Olonne, á las órdenes de Mieczkowski.

Tales fueron las desastrosas consecuencias de la orden enviada por Ronsin. Sin esta orden, es evidente que Mieczkowski que habría incorporado á Beysser en Montaigu antes del ataque de los vendeanos, y que las columnas de Luzon y de Fontenay habrían llegado asimismo á tiempo, cosechándose probablemente, en vez de un fracaso, una victoria decisiva. ¿Qué fin se propuso Ronsin con semejante orden, verdadero crimen de alta traición, cuyos efectos trató de evitar el mismo Rosiñol, ciego instrumento suyo hasta entonces? Exasperado de que le hubiesen desechado su plan de campaña, no fué otra su mira que la de causar una derrota á Canclaux y prepararse una victoria para sí. Consiguió lo primero, como acabamos de ver, no lo segundo. Destruir es más fácil que edificar; causar daño, más fácil que realizar el bien. Cuando Ronsin calculó haber aislado á Canclaux y atraído sobre los maguntinos el grueso de las fuerzas vendeanas, se adelantó con dos columnas hacia Villiers y hacia Beaulieu, y poniéndose á la cabeza de la primera, compuesta de unos ocho mil hombres de línea y diez mil conscriptos, siguió el camino de Chollet,